En medio de la celebración eucarística hay un momento que, a simple vista, puede parecer breve o incluso secundario, pero que en realidad encierra una profundidad espiritual inmensa: la presentación de las ofrendas. No se trata únicamente de llevar pan y vino al altar. Se trata, en verdad, de un gesto que recoge toda la vida humana, la purifica en la gratitud y la eleva hacia Dios.

Este rito, profundamente enraizado en la tradición bíblica, hunde sus raíces en las antiguas ofrendas del pueblo de Israel, cuando se presentaban a Dios las primicias de la tierra. Aquellas primeras cosechas no eran simplemente un acto agrícola o económico: eran una confesión de fe. El pueblo reconocía que todo provenía de Dios y que Él era el Señor de la historia, de la tierra y del corazón humano.

Hoy, en la liturgia de la Iglesia, este gesto permanece vivo. La **Instrucción General del Misal Romano (140)** nos recuerda que es conveniente que los fieles participen activamente llevando el pan y el vino, o incluso otros dones destinados a la Iglesia y a los pobres. Pero más allá del gesto visible, lo que se está realizando es una profunda acción espiritual: la comunidad entera se pone en movimiento hacia Dios.

Un pueblo que camina ofreciendo

La procesión de las ofrendas no es un simple traslado de objetos. Es el signo de una Iglesia en camino. Los fieles avanzan por el templo llevando en sus manos lo que representa su vida: el trabajo, el esfuerzo, las alegrías, las luchas, las esperanzas. Todo eso sube al altar.

En ese caminar, la comunidad toma conciencia de algo fundamental: está rodeada por la gracia. Nada de lo que ofrece es exclusivamente suyo. El pan y el vino son fruto de la tierra y del trabajo del hombre, pero sobre todo son fruto de la bendición divina. Aquí se rompe una de las grandes ilusiones modernas: la idea de que el hombre es dueño absoluto de lo que posee.

Presentar las ofrendas es, por tanto, un acto de humildad y de verdad. Es reconocer que todo es don.

La gratitud que transforma

En una sociedad marcada por la prisa, el consumo y la autosuficiencia, este gesto litúrgico se convierte en una auténtica escuela espiritual. Nos enseña a vivir en clave de gratitud.

El hombre moderno tiende a apropiarse de todo: del tiempo, del éxito, de los bienes, incluso

de las personas. Sin embargo, en la Eucaristía aprende a devolver. Y no lo hace con tristeza o resignación, sino con alegría. Porque el que ofrece a Dios no pierde: entra en comunión.

La presentación de las ofrendas es, en este sentido, una verdadera **profesión de fe en acto**. Sin palabras, el creyente proclama: "Todo lo he recibido de Ti, Señor, y todo te lo devuelvo con gratitud".

Y aquí ocurre algo profundamente misterioso: Dios toma lo que el hombre ofrece —limitado, imperfecto, pequeño— y lo transforma en algo infinitamente mayor. El pan y el vino se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Pero también el corazón del oferente será transformado.

Ofrecer para entrar en comunión

Este gesto no solo nos une a Dios; también nos une a los hermanos. La presentación de otros dones —destinados a los pobres o a las necesidades de la Iglesia— revela la dimensión social de la Eucaristía.

No hay verdadera ofrenda sin caridad. No hay auténtica comunión con Dios si no hay comunión con los demás.

En este sentido, la liturgia educa el corazón. Nos libera de la posesión egoísta y nos introduce en la lógica del don. Aprendemos que privarnos de algo no es empobrecernos, sino enriquecernos en la comunión. Lo que dejamos de retener para nosotros se convierte en vida para otros.

Aquí resuena con fuerza el testimonio de la Iglesia primitiva, narrado en los Hechos de los Apóstoles: una comunidad donde nadie pasaba necesidad porque todo se compartía. No era una utopía social, sino el fruto de una vida eucarística auténtica.

La pobreza que atrae la gracia

Al presentar las ofrendas, el hombre no solo expresa su gratitud, sino también su pobreza. Reconoce que necesita a Dios constantemente, que todo lo recibe de Él.

Y, paradójicamente, es esta pobreza la que atrae la fecundidad divina. La gratitud del pobre —del que sabe que todo es gracia— se convierte en principio de nuevas bendiciones. Cada acto de agradecimiento abre la puerta a una nueva comunión con Dios.

Aquí hay una clave espiritual decisiva: quien agradece, recibe más. No porque Dios "deba"

algo, sino porque el corazón agradecido está preparado para acoger la gracia.

Una escuela de libertad y fraternidad

La presentación de las ofrendas es también una escuela de libertad interior. En un mundo donde tantas veces se identifica la felicidad con la acumulación, la liturgia enseña lo contrario: la verdadera alegría está en dar.

No es la privación lo que produce gozo, sino la comunión que nace del don. Cuando el "yo" se abre al "nosotros", surge una alegría nueva, más profunda, más auténtica.

Así, este gesto litúrgico va formando una comunidad verdaderamente cristiana, donde la reciprocidad, la solidaridad y la fraternidad no son ideales abstractos, sino realidades vividas.

Se crea, podríamos decir, un clima "mesiánico": un anticipo del Reino de Dios, donde todo se orienta a la comunión.

De la vida al altar… y del altar a la vida

La liturgia no es algo separado de la vida. Al contrario: nace de ella y la transforma. La presentación de las ofrendas recoge lo cotidiano —el trabajo, el esfuerzo, las relaciones— y lo eleva a Dios. Y luego, desde el altar, la gracia vuelve a la vida para fecundarla.

Cada momento vivido con sentido de gratitud se convierte en una ofrenda. Cada acto de amor, cada sacrificio, cada servicio, puede ser presentado espiritualmente en la Eucaristía.

De este modo, toda la existencia adquiere un carácter eucarístico.

Cristo, la ofrenda perfecta

Finalmente, este gesto encuentra su pleno sentido en Cristo. Porque en la Eucaristía no ofrecemos simplemente cosas: nos unimos a la ofrenda de Cristo, que se entrega totalmente al Padre.

Él no ofrece algo externo a sí mismo. Se ofrece a sí mismo.

Y en esa entrega total, reúne a la humanidad dispersa y la introduce en la comunión divina.

Por eso, cuando presentamos las ofrendas, estamos diciendo algo muy profundo: queremos unir nuestra vida a la de Cristo, queremos que todo lo que somos sea transformado por su

amor, queremos participar en su entrega.

Presentar las ofrendas no es un rito más. Es el momento en que la vida entera del creyente sube al altar. Es el instante en que el corazón aprende a agradecer, a compartir, a confiar. Es el comienzo de una transformación que culmina en la comunión.

Y quizás, si lo viviéramos con plena conciencia, descubriríamos que en ese sencillo gesto se esconde una de las claves más grandes de la vida cristiana:
todo es don… y todo está llamado a convertirse en ofrenda.